

aquellos que lo contaban ya en el número de los muertos.

Por la noche me buscó aquel para darme las gracias y me abrazó derramando lágrimas de gratitud: sabia ya que el asesor habia arrostrado con la cólera de Rojas por tal de salvar á un hombre á quien apenas conocia.

—De hoy en más, me dijo con tono solemne, soy el má leal amigo de vd. y vd. dispone de mi vida.

—Gracias, general, le contesté, y nos separamos despues de habernos hecho todas las protestas del caso.

CAPITULO X.

OTRA NOCHE TRISTE.

Despues de unos cuantos dias de permanencia en Autlan, en que nuestras tropas descansaron un poco de las fatigas anteriores y se municionaron de la mejor manera posible, nos pusimos en marcha con objeto de abrir una campaña sobre Zapotlan, Sayula y demas plazas ocupadas por el enemigo, deteniéndonos al fin á una media legua del pintoresco pueblo de San Gabriel.

Formamos allí una pequeña caravana de oficiales y nos dirigimos á la poblacion, con el fin de proveernos de algunas cosas indispensables y de tomar algunos

informes respecto del enemigo. Sabíamos que Sayula tenía una guarnición de tropas francesas, pero ignorábamos el número. De todas maneras, Sayula se encontraba á diez leguas de distancia y era muy difícil que el enemigo nos sorprendiera tanto por lo escabroso del terreno, como porque tenía que subir una empinada cuesta, como también porque el grueso de nuestras fuerzas era muy respetable.

Entramos, pues, á San Gabriel con entera tranquilidad é hicimos nuestras compras. Se nos recibió muy bien por los amigos de nuestra causa que nos invitaban á pasar la noche. Solo consentimos en apearnos de nuestros caballos y en sentarnos á la mesa á saborear una comida que se nos brindó y que nos pareció deliciosa.

Estaba ya anocheciendo.

Ibamos apenas en el segundo ó tercer platillo cuando el disparo de algunas armas vino á causarnos una sorpresa.

Salimos á informarnos de lo que pasaba y un vecino nos dijo:

—Son los cazadores de Africa.

Eran ellos en efecto, que habían creído sorprender allí reunida á toda nuestra fuerza y que solo consiguieron trabar pequeños combates con los oficiales y comisiones de tropas que había espaciadas por la población, haciéndonos un prisionero y varios heridos.

Eran 150 hombres y hubiera sido fácil cortarles la retirada si se accede á nuestro deseo que expresamos con un propio, mandado violentamente. No había que hacer otra cosa, sino cubrir con diez ó veinte soldados

la salida á la cuesta, naturalmente dispuesta para ser defendida.

Nosotros reunimos á nuestros oficiales dispersos y nos abrimos paso disparando nuestras pistolas sobre el enemigo que no pensó siquiera en seguirnos.

En el campamento se creyó que era la vanguardia de una fuerza más respetable y se tomaron posiciones para un próximo combate.

Amanecimos enteramente listos y estuvimos aguardando en vano la presencia del enemigo; nuestras fuerzas ocupaban una loma y demostraban el mayor entusiasmo; pero los cazadores de Africa volvieron grupas no sin que se destacara una fuerza de caballería en su persecución que fué molestándolos hasta la entrada de Sayula.

Nosotros emprendimos á poco nuestra marcha tomando el camino del Jazmin, hacienda situada en las faldas de los volcanes de Zapotlan.

Yo no conocía la perspectiva que desde tal eminencia se presenta y quedé verdaderamente encantado.

Una multitud de pueblos y haciendas se encuentran diseminadas en aquel extenso valle que se domina desde allí agradablemente, mientras que á la derecha el imponente volcan cubierto de nieve descubre una anchurosa falda oscurecida con la sombra de sus corpulentos árboles, lozanos siempre, siempre verdes y siempre magestuosos.

El general Herrera y Cairo se nos incorporó en esta marcha, acudiendo á la cita que se le había dado, con una pequeña fuerza de doscientos hombres infantería y caballería. Pernoctamos en unas rancherías poco

abrigadas y cercanas á las nieves que no dejaban de conjelarnos. Al dia siguiente debiamos caer de súbito sobre Ciudad Guzman que tenia una guarnicion de 600 hombres aproximativamente, sin que hubiera entre ellos un solo francés.

Muy temprano y tiritando de frio nos pusimos en marcha. A eso de las diez dejamos las arboledas y salimos al camino descubriéndose á nuestros piés la poblacion que nos proponiamos ocupar.

Cuando descendimos la cuesta, tuvimos la noticia de que la plaza habia sido evacuada al saberse nuestra aproximacion. Los soldados, los oficiales y nosotros todos, avanzábamos llenos de entusiasmo, no solo porque íbamos á entrar en accion, sino porque contábamos mas de tres meses de penalidades en las costas, sin haber tocado ninguna poblacion de importancia. Aunque tuvimos aquella que nos proponiamos ocupar, á la vista toda la mañana, los callejones que hay para aproximarse se alargan mucho y apenas pudimos llegar con la última claridad de la tarde.

Todas las casas estaban abiertas, todas las familias ocupaban las puertas y ventanas, viéndonos pasar; las tiendas estaban ya iluminadas y en el semblante de los moradores de la poblacion se observaba el gran alborozo que les producía la llegada de las tropas republicanas.

¡Ay! muy pronto se debia cambiar en duelo aquella franca y espontánea alegría!

¿Qué mas podiamos apetecer como premio á nuestras desventuras pasadas? Las mugeres nos sonreian y los hombres victoreaban á la República. ¡Jamás

pueblo alguno ha mostrado mas completa satisfaccion á la vista de sus verdugos!

Muy pronto acabó aquel regocijo. Todo lo que era alegría bajo los dudosos tintes del crepúsculo de la tarde, se convitió á la hora en la mas profunda consternacion.

Referiré friamente los hechos.

Acabábamos de tomar alojamiento, cuando llegó la diligencia de Guadalajara trayendo la correspondencia y algunos pasajeros. Todo esto llegaba custodiado por una avanzada de Rojas que habia sido destacada por aquel camino.

Era el primer trofeo de la rapiña.

Rojas padecia de una herida antigua que tenia en una pierna y en aquella vez, fuera por el tiempo frio ó por el cansancio, manifestaba sufrir grandes dolores.

Se despojó de los pantalones y estando en paños menores se sentó en una silla debajo del portal para dictar desde allí sus disposiciones.

Estaba de un carácter negro y más dispuesto que nunca á cometer iniquidades.

Cuando le dieron parte de que allí estaba la *Linea* con la correspondencia y los pasajeros, dió esta orden seca y terminante:

--Así como está, enganchada, se quema en la plaza con pasajeros, cóchero y cuanto contenga.

Los que estábamos allí presentes tuvimos que proceder con la cautela de quien engaña á un loco furioso para poderlo disuadir de que se cometiera tal barbaridad.

Primero salvamos la correspondencia, haciéndole comprender las ventajas que obtendríamos leyéndola.

Después logramos que se suspendiera la ejecución de los pasajeros, los cuales podrían darnos algunas noticias respecto del enemigo.

En seguida logramos que levantara la pena de muerte para los caballos, diciéndole que podrían servir para la descubierta de un cuerpo de caballería.

Era demasiado conseguir ya, luchando brazo á brazo con la excitación febril de que estaba poseído Rojas, y tuvimos que resiguarnos á ver arder la diligencia en medio de la plaza.

El infeliz cocheró fué fusilado.

El crimen de todos era ignorar que se encontraba allí el feroz general D. Antonio Rojas.

Apenas acababa de pasar este incidente cuando llegaron otros presos, unos sacados de sus casas y otros encontrados en los alrededores. Entre estos estaba el entonces jóven abogado y muy apreciable caballero Don Justo Tagle. Se le hacia el cargo de que iba huyendo, y la verdad es que venia de una hacienda inmediata para saludar á sus amigos al saber la entrada á la poblacion de unas fuerzas republicanas.

Rojas queria fusilarlos á todos y Herrera y Cairo y yo les salvamos con grandes esfuerzos.

Algun infame que queria granjearse seguramente el favor de Rojas, fué y denunció á un viejo cura de setenta años de edad de haber dicho una misa en accion de gracias por los triunfos de los franceses.

—Que me traigan á ese traidor, ahuyó Rojas.

Luego en su presencia dió al coronel Rodriguez la siguiente orden:

—Mañana al amanecer, ó está colgado ese viejo bribon en un fresno de la plaza, ó me da Vd. cuenta de haber resultado inocente. A formar la causa. El coronel Rodriguez que ejercia los oficios de fiscal cuando era necesario, se asoció conmigo para formar el proceso reconociéndome el carácter de asesor, cargo que desempeñaba en circunstancias como aquella. Por supuesto que el sacerdote, medio muerto del susto, ni siquiera pudo declarar, y los vecinos estaban acordes en que habia cantado tal misa; pero por supuesto también que nosotros le hicimos aparecer inocente de aquel delito, para Rojas imperdonable.

En esa noche Rojas continuaba de tal manera feroz que hasta sus mejores amigos temian presentársele.

Rugiendo como un tigre herido, cada vez que sentia las punzadas de las cicatrices de la pierna, no dictaba mas que órdenes de salvaje crueldad.

—Recojan caballos, dijo á sus gentes, y á los que se resistan á entregarlos, los matan.

Hasta los caballos nuestros que estaban en la casa de diligencias, donde habiamos tomado alojamiento, fueron pillados y trabajo nos costó después conseguirlos.

Le dieron aviso de que estaba entrando la fuerza de Simon Gutierrez lo mismo que la de otro bandido á quien llamaban Rochin, y que nadie queria alojarlos.

—Los alojamientos se toman á la fuerza, contestó,

y si aun así ponen mala cara los dueños, se quemian las casas.

Reunió á los principales comerciantes en aquel mismo portal recibiéndoles como habia estado, en calzon blanco. Se trataba de exigirles una cantidad fuerte en pesos y les dijo:

—Si á la media noche no está disponible todo el dinero con las mulas para cargarlo, los fusilo á Uds. y mando arrasar la poblacion.

La llegada de Simon Gutierrez y Rochin con los setecientos bandoleros que mandaban, vino á aumentar los horrores de aquella noche, pues en seguida se dispersaron por la ciudad cometiendo los mayores excesos.

La diligencia seguia ardiendo en un extremo de aquella gran plaza sin que ningun curioso se atreviera á aproximarse á presenciar el auto de fé; pero á la luz del incendio se veian grupos de bandidos entrar á las casas y saquearlas, cometiendo tantos crímenes como no puede suponerse la imaginacion. En el resto de la ciudad los vecinos encerrados en sus casas esperaban temblando la visita de los terribles malhechores. De cuando en cuando se escuchaban tiros de mosquete, señal segura de que se estaba matando á los desgraciados que se atrevían á defender el honor de sus familias.

Fuera de la plaza la oscuridad era profunda en el resto de las calles y nosotros mismos teniamos que andar en grupos y con pistola en mano para atravesarlas.

Fué aquella una verdadera noche triste para la ciudad de Zapotlan.

CAPITULO XI.

CAMINO DEL GOLGOTA.

Generalmente nos alojábamos al lado del Gobernador de Colima, el Dr. Valadez que era su pariente, el comandante Crispin Medina y yo como jefe de su Estado Mayor y su secretario. Los tres escandalizados hasta un punto difícil de concebir, por las escenas repugnantes que estaban teniendo lugar en Zapotlan en aquella terrible noche, nos propusimos hablarle en términos claros cuando llegara de visitar los cuarteles.

Luego que entró al cuarto que ocupábamos, tomé yo la palabra y le dije:

—No puede verse con indiferencia lo que está pasando.